

## BIBLIOGRAFIA

Uno es la medida exactísima (al mismo tiempo causa del ser, fundamento del conocer y principio del valor) que delimitando la Diada (responsable del espesamiento material de los distintos grados del ser) origina infinitas y diferentes síntesis de unidad y multiplicidad. Se dibuja así un sistema dependiente metafísicamente del Uno, estructurado jerárquicamente, y no panteista, porque en él cada plano juega un papel necesario, pero no suficiente en relación con lo que es inferior a él.

La aplicación de esta luz sistemática, que la tradición indirecta permite reconstruir bastante detalladamente, hace claro el pensamiento de Platón en los puntos claves de los grandes diálogos (*República, Parménides, Sofista, Político, Filebo, Timeo*), como Reale documenta puntualmente en las páginas centrales de su libro.

El tratamiento final de la doctrina sobre la inteligencia demiúrgica, constituye el segundo vértice de este trabajo científico (después de la reflexión metateorética inicial) y completa la explicación global que Platón da sobre la realidad. La recuperación teórica de esta figura platónica es necesaria en cuanto que se relaciona con la constitución del ser por debajo del plano de las ideas: el Demiurgo es, de hecho, la causa eficiente que permite la actualización de la causa formal del Uno, también en referencia al desorden creciente provocado por el principio antitético, a medida que se desciende al nivel sensible.

Dos apéndices y cinco índices generales completan la estructura de esta notable síntesis del pensamiento platónico, cuyo mayor éxito, y el más apreciado por su autor, consistiría en estimular a los estudiosos de Platón al fatigoso trabajo, en el que hoy es necesari-

rio empeñarse, de reconstruir los nexos entre 'escritura' y 'enseñanza oral'.

Patrizia Bonagura

SANGUINETI, J. J.: *Ciencia y modernidad*. Ed. Lohlé, Buenos Aires 1988, 217 págs.

El discurso sobre la ciencia goza de un interés general pues, como resulta evidente a todos, la ciencia se ha convertido en un potente elemento configurador de la sociedad actual. El autor -conocido filósofo y profesor de fama internacional- indica con acierto en la Presentación de la obra, que la ciencia está condicionando cada vez más la filosofía y, precisamente en este condicionamiento, reconocemos nuestro principal interés por la ciencia: en efecto, es en la comprensión del ser y del destino del hombre -tarea propia de la filosofía- donde se forja la parte principal de la orientación que se dé a la existencia humana.

La obra nos merece un juicio altamente positivo. Por ello, nos limitamos a enunciar los temas centrales de cada capítulo, que el lector encontrará en el ensayo debidamente fundamentados.

La perspectiva del primer y último capítulos es predominantemente epistemológica. En el *capítulo I* (pp. 15-45) se nos ofrece una panorámica general de las relaciones de las ciencias positivas con la filosofía. A partir de Descartes y, más concretamente, con la crítica empirista o trascendental kantiana, la ciencia deja de considerarse como un estudio real de los principios de las cosas mismas, y pasa a ser una

## BIBLIOGRAFIA

elaboración del hombre o un resultado de la praxis humana en su encuentro con la naturaleza. En este momento, la ciencia es vista -con diversos matices- como una imagen idealizada de un cosmos cuya realidad substancial escapa a las posibilidades de objetivación del hombre. El éxito de sus aplicaciones técnicas facilita que se imponga como paradigma de todo conocer. Este proceso alcanzó una cima con el positivismo, que acentuó la tensión entre la filosofía y las ciencias.

La crisis de la ciencia newtoniana y euclidiana a comienzos de siglo tuvo como resultado, entre otros, el promover una reflexión acerca de la naturaleza y los métodos de las ciencias. En la situación actual -según el juicio del autor- las interpretaciones realistas son más bien escasas, aunque despuntan también instancias que ponen de manifiesto los presupuestos ontológicos de las ciencias.

El capítulo VI (pp. 179-210), mantiene gran afinidad temática con el primero, pues aplica el estudio de las relaciones entre la filosofía y las ciencias al análisis de las teorías científicas. Es, en efecto, a este nivel donde las ciencias, por el carácter explicativo relativamente último de las teorías científicas, pueden competir con la filosofía. El autor ofrece criterios orientativos para distinguir ciencias y filosofía, señalando, a la par, cómo la dialéctica de ambas perspectivas es inevitable: debe buscarse una armonía en la que tanto una como otra mantengan sus justos límites y esto supone, ante todo, reconocer la limitación del entender humano, su carácter creatural.

Los problemas filosóficos del axiomaticismo y la cuestión de la aceptabilidad de las teorías, son otros argumentos que encuentran un desarrollo acertado en estas páginas.

Los capítulos II a V constituyen una unidad, que se refleja también en el esquema seguido para su desarrollo: el estudio del tema en los clásicos griegos y en la época moderna y actual. En esta consideración de carácter histórico se hacen presentes, junto con hallazgos que buena parte de la epistemología actual ha olvidado, aspectos nuevos que iluminan la realidad de la ciencia. Unos y otros quedan reflejados con trazos vigorosos por la pluma del autor, que se nos muestra conocedor profundo tanto de la filosofía antigua y medieval como de las corrientes epistemológicas más actuales (Lakatos, Feyerabend, Kripke, Bunge, Armstrong, Popper, Kuhn y otros).

En cuanto al contenido, sintéticamente podemos decir que analizan los dos núcleos más característicos de la modernidad: la libertad y la ciencia. Interesa, ante todo, aclarar que el autor se refiere a la modernidad entendiéndola en su connotación más amplia y genérica, como alejamiento de la trascendencia, considerándola, por tanto, más como una actitud que como una realización concreta.

El discurso científico incluye el discurso sobre la necesidad, argumento al que se dedica el capítulo II (pp. 47-75).

Con admirable clarividencia, los griegos establecieron las bases de una *episteme* del universo material al indicar cierta necesidad detrás de los cambios observados. Además de la necesidad lógica, la ciencia platónico-aristotélica descubre la necesidad de los procesos naturales que nace, en parte, de un acto de confianza en la bondad óptima de la naturaleza, y ha de concebirse, por tanto, teleológicamente.

La doctrina cristiana de la creación contribuyó poderosamente a la crisis de la cosmología aristotélica, aunque

## BIBLIOGRAFIA

en un primer momento las críticas se formularon, no desde principios físicos inmanentes al mundo, sino apelando al poder infinito de Dios que podría haber creado un mundo diverso al tener como único "límite" de su actuación la no-contradicción.

La ciencia moderna descubre más detalladamente la contingencia y, a la vez, continúa la inquisición del vínculo existente entre ciencia y necesidad. Pero esta búsqueda de la necesidad toma los rumbos del *racionalismo* (que busca la necesidad en la razón misma), y los del *determinismo físico*. Como consecuencia de los descubrimientos científicos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, la necesidad de la ciencia se ve únicamente como una necesidad lógica de coherencia interna, y como consecuencia, los principios no son ya *causas* sino postulados de la razón cambiante y operativa. La radicalización de esta visión de la ciencia, lleva a su destrucción como "conocimiento", es decir, a la destrucción de la ciencia tal como la habían pensado los antiguos.

Pero la ciencia -como fundamenta acertadamente el autor y manifiestan las instancias más profundas de sus creadores o artifices- sigue siendo conocimiento de lo necesario, si bien hay que entender esta necesidad en sentido analógico.

*Ciencia y libertad*, dos conceptos fundamentales en la modernidad, cuyo proyecto ilustrado se resumía en "liberar al hombre por medio de la ciencia", constituyen el tema al que se dedican los *capítulos III* (pp. 77-97) y *IV* (pp. 99-129).

En *los clásicos*, la contemplación de la verdad venía considerada como una forma de libertad. La ciencia, en cuanto potenciaba el ejercicio de la razón, hacía posible el orden en la esfera

pasional (libertad moral) y permitía superar la inmediatez del saber empírico, dando dinamicidad al actuar técnico (libertad técnica). En definitiva, la ciencia libera porque permite un uso responsable de la libertad.

En la *época moderna*, el acento se pone tendencialmente en la libertad técnica, viéndose la ciencia como premisa para el logro de esta libertad ("saber es poder"). Los ámbitos contemplativo (teorético) y moral-sapiential de la ciencia quedan marginados. En tal situación, la nueva ciencia cayó, en muchos casos, bajo la ideología tecnicista.

En la modernidad, la ciencia libera, pero de un modo muy diferente al conocido por los clásicos: al negarse el alcance ontológico del conocimiento científico -la ciencia sería un modelo hipotético-deductivo- el conocimiento -ahora supuestamente imposible- de la realidad ya no es condición y ayuda para la libertad: el hombre busca más bien, a través de la ciencia, liberarse de la realidad misma, de la realidad que se experimenta como límite, como restricción de una libertad que se ha proclamado intencionalmente absoluta.

El segundo límite que encuentra la libertad (reducida ya a libertad técnica) es el bien del hombre, pues la ciencia-técnica no hace, sin más, bueno al hombre. La única salida que queda para una libertad que ha prescindido de la ciencia contemplativa, es la *libertad trascendental*, verdadero núcleo de la modernidad.

Desvinculado el saber de su conexión con la realidad, se constituye en un saber prevalentemente abstracto, sin conexión directa con la moralidad que aparecerá, a lo sumo, como instancia reguladora -subjetiva o emocional- de la persona que se dedica a una tarea técnica. Por eso -señala acerta-

## BIBLIOGRAFIA

damente el autor- la conexión entre ciencia y libertad o moralidad, en las personas animadas por buenas intenciones se queda como demasiado extrínseca, cuando podía ser mucho más penetrante.

Con la perspectiva histórica que caracteriza estos capítulos, el autor aborda en el *capítulo V* (pp. 131-177) algunos aspectos de la relación entre actividad intelectual y vida moral en los clásicos griegos y en el cristianismo. A continuación examina la cuestión de modo temático.

En la *filosofía griega* encontramos una fuerte vinculación entre vida intelectual y moral, entre ciencia y ética, aunque con cierta confusión por su marcado intelectualismo. Aristóteles señala que con el sólo saber intelectual no es posible gobernar las conductas pues la vida práctica es contingente y se necesita la prudencia. Para el Estagirita, la mejor forma de vida, la que trae la mayor felicidad, es la contemplación de la verdad (entendiendo, no la verdad de las ciencias particulares, sino el saber metafísico, el de los últimos principios y causas que culmina en Dios).

En el *cristianismo*, la ciencia, asumiendo una consideración positiva, no se sitúa en el lugar primario en el que la había colocado la tradición griega. Los autores cristianos subrayan el papel de la libertad y de la voluntad en el buen uso de la ciencia: la bondad radical y completa no le viene al hombre de la ciencia sino del buen estado de su voluntad.

En la parte temática, el autor plantea la conexión de la ciencia con la ética a partir de la finalidad, considerando que verdad y bien son inseparables. La relación entre ciencia y ética se concentra así en la virtud de la sabiduría, la virtud propia del buen filósofo.

Dentro de las peculiaridades impuestas por la finalidad para que ha sido escrita, esta obra participa del rigor y alto nivel especulativo de otras publicaciones del autor que han visto la luz hace ya algunos años. Nos referimos concretamente a *La filosofía de la ciencia según Santo Tomás*, EUNSA, Pamplona 1977, y a *La filosofía del cosmo in Tommaso d'Aquino*, Edizioni Ares, Milano 1986.

Queremos, por último, destacar el mérito de este estudio sobre la ciencia, precisamente en un momento en el que asistimos a la saturación de su vertiente epistemológica, en detrimento de otros elementos de la misma que poseen idéntico o mayor interés. El autor, sin omitir los aspectos estrictamente epistemológicos, a los que dedica buena parte de los capítulos I y VI, examina detenidamente los aspectos humanos de la ciencia.

No dudamos que un estudio de tales características y no carente de cierta originalidad, podrá interesar tanto a especialistas en teología como a los cultivadores de la filosofía de la ciencia, la antropología filosófica y la ética.

María Angeles Vitoria

URBINA, P. A: *Filocalía.*, Madrid, Rialp. 1988, 264 págs.

Las novelas de Pedro Antonio Urbina son muy buenas. Al menos, a mí, al leer algunas de ellas, me habían producido una cierta fascinación. De pronto, me sorprendió con curiosidad ilusionada el que Urbina, que para mí era un novelista, hubiera publicado "Filocalía", un libro de mi especiali-